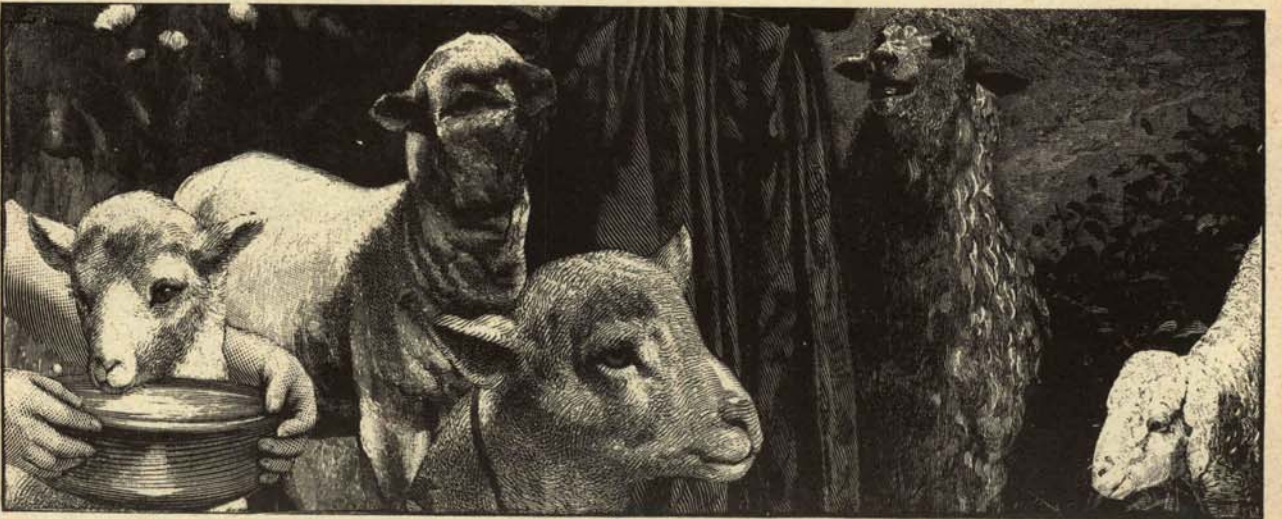




1. Nadie que tenga dos dedos de frente puede ignorar que las luchas de clases pertenecen al pasado. Ciertamente existen clases, pero son clases que no luchan entre sí porque cada una de ellas es feliz en el escalón social que le corresponde. Todas las clases tienen su cara y tienen su cruz. Más o menos dura la cara y más o menos pesada la cruz, pero las tienen. La clase pudiente es, como se sabe, aquella que entra con más facilidad por el ojo de una aguja que por la puerta del reino de los cielos. Es la clase injuriada, sufriendo y paciente, que apenas puede gozar de los placeres que corresponden a su rango por culpa de los moralistas que entenebrecen su alegría de vivir. Si no aman a su prójimo son acusados de ello públicamente; si lo aman, se les exige que lo demuestren, y si aman a su prójima se lo reprochan con fuertes voces. Y así sucesivamente.



2. La clase menos pudiente, es decir, la que vive enfermizamente preocupada por los precios y los salarios mínimos, tiene más suerte. Apenas se ceba en ella la maledicencia y nadie suele acusarle públicamente de nada porque la misma sencillez de su vida, alejada de todo boato y del centro de las ciudades, apenas da ocasión para que los moralistas les ataquen por escándalo público como tantas veces lo hacen con la otra clase de que hablábamos al principio. También tiene la clase humilde la ventaja de que puede pasar con la misma facilidad por el ojo de una aguja que entrar en el reino de los cielos, ventajas estas que sirven para que en la vida terrenal puedan exhibir su capacidad en circos y salas de fiestas y para que en la otra vida obtengan los beneficios que todos sabemos.



3. Y queda por fin la tercera clase. La sufrida clase media, la gran mayoría, la de los balidos silenciosos, apacible y buena, capaz de vender su responsabilidad por un plato de lentejas servido ante una pantalla de televisión que retransmita —vía Eurovisión— una victoria balompédica nacional. Esta hermosa clase forma el mullido almohadón donde frenan sus violencias los exaltados y los extremistas. Casi todos los que la forman tienen coche que conducen dulcemente con sus patitas delanteras y una casita de campo con jardín donde pueden libremente hacer sus caquitas en privado, autoabonando gratuitamente sus rosales y sus madre selvas. Es una clase que será eterna, que da leche y que da lana, aunque —justo es decirlo— es menos rentable que la clase más modesta que produce benditas plusvalías que Dios nos las siga dando muchos años.